

speed climbing en los himalaya



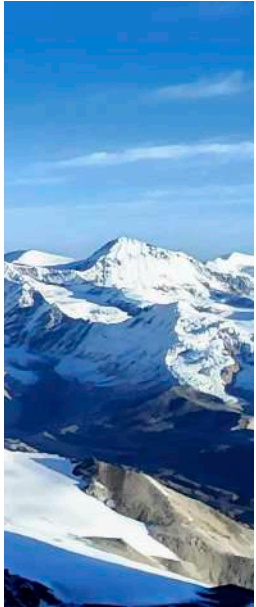
karl egloff
y
nico miranda

fotografias:

KARL EGLOFF Y NICOLÁS MIRANDA

texto:

TOMÁS CIUFFARDI CH.



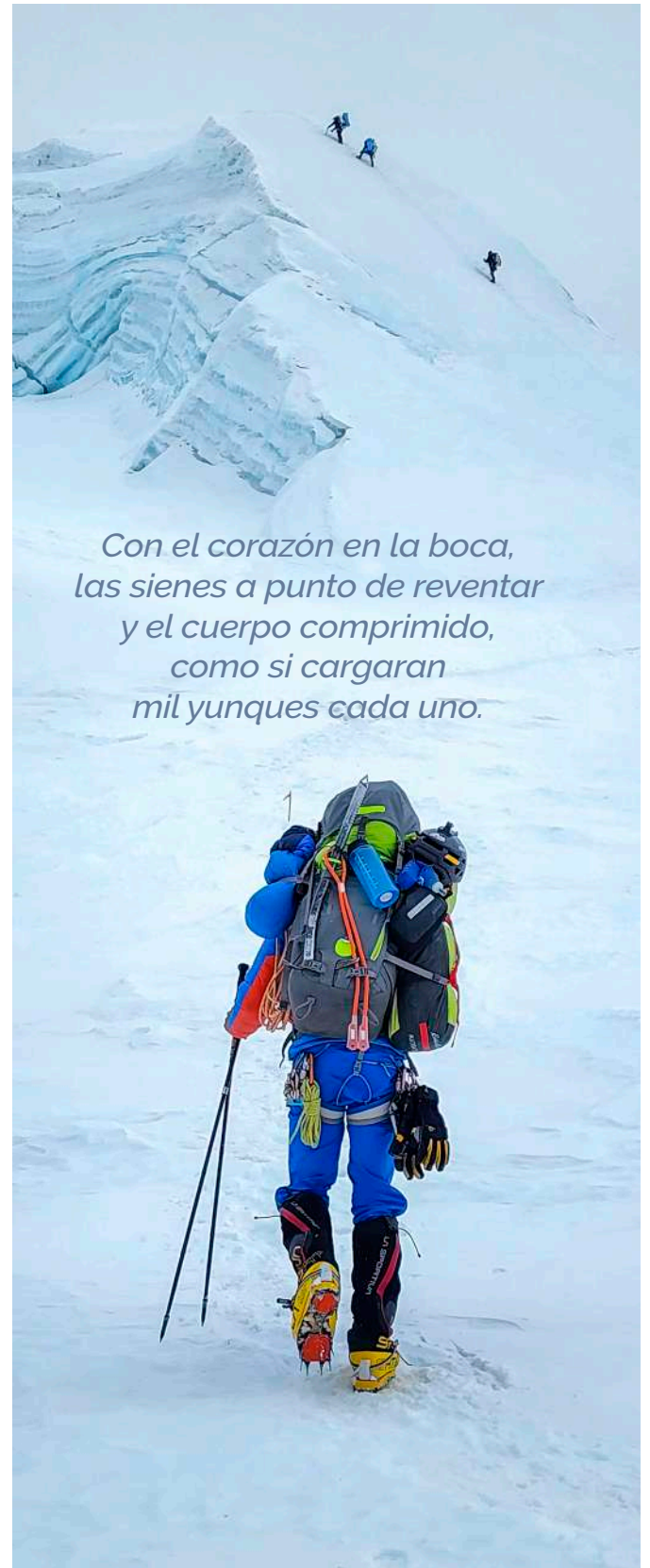
Con el corazón en la boca, las sienes a punto de reventar y el cuerpo comprimido, como si cargaran mil yunques cada uno, Karl Egloff y Nicolás Miranda se abrazan, enfocan con dificultad sus miradas y se ven el uno al otro para comprobar que no se trata de una alucinación, que si el otro está respirando y sonriendo significa que ambos están vivos.

Miran también ese último pedazo de nieve que corona la brutal pirámide de cuatro costados que está bajo sus pies. Saben que sus cabezas y sus brazos entrelazados están por encima de los 8481 metros que tiene el Makalu, el monstruo nevado que acaban de superar.

Observan a su alrededor y están rodeados por cientos de montañas despejadas, como si fueran personas que se reúnen en torno a ellos para aplaudir su audacia, para aprobar su atrevimiento y atestiguar el logro que hace pocos minutos terminaron de conseguir. Entre esas montañas que los rodean está el Everest, acompañado de su fiel escudero, el Lohtse. "¿Así que ustedes son los que me están buscando?", parece decir. "Pues sin duda se están ganando el derecho" parece responderles el Makalu.

Pero Nico y Karl no pueden escuchar ese diálogo entre las montañas. Entre la euforia y la gloria solo pueden sentir sus pulmones agitados agarrando la miseria de oxígeno que a duras penas existe en su entorno.

"Lo lograaaaaamooos", grita Karl, "lo lograaaaaamooos". No todavía. Aún quedaba bajar.



*Con el corazón en la boca,
las sienes a punto de reventar
y el cuerpo comprimido,
como si cargaran
mil yunques cada uno.*



“Lo que yo practico es un deporte híbrido entre ser muy veloz y ser ágil en la montaña”

Nico Miranda

a toda velocidad

La cumbre del Makalu, o ‘montaña negra’, está a 8 481 metros sobre el nivel del mar, un poco menos de 400 metros por debajo del Everest, lo cual la coloca en el quinto lugar de las elevaciones más altas del mundo. Es uno de los catorce ocho miles, macizos que se encuentran repartidos en las cordilleras del Himalaya y del Karakórum, entre Nepal, Pakistán, India y China.

“Sabíamos que teníamos que ir a alguna montaña sobre los 8000 metros como para probarnos físicamente” comenta Egloff, “y también todos los factores de cómo se maneja toda la logística, los equipos, cómo funciona el cuerpo, la digestión, el sueño, la tolerancia a la altura, todo eso era para nosotros una incertidumbre”. Actualmente Egloff, montañista ecuatoriano-suizo de 41 años, busca romper el récord de velocidad en las 7 summits, es decir, en la cumbre más alta de cada continente. En su palmarés ya ha conseguido las marcas mundiales en el Aconcagua de Sudamérica, el Denali

en Norteamérica, el Kilimanjaro en África, y el Elbrus en Europa.

“Lo que yo practico que es un deporte híbrido entre ser muy veloz y ser ágil en la montaña. Estamos hablando que el montañismo se llega a fusionar con el atletismo. Pero en una montaña de 8000 metros ya no es tanto el tema de atletismo, sino mucho más la resistencia en la altura, la tolerancia al sufrimiento”.

Sin lugar a dudas el Everest es el objetivo más difícil, no solo por la altura, sino por la inversión económica que representa y por otros factores como su concurrencia. Por eso había la necesidad de probarse en un escenario similar. Al enterarse que dos grandes montañistas, Carla Pérez y Esteban “Topo” Mena, tenían planeada una expedición al Makalu, Karl y Nicolás vieron la oportunidad perfecta para hacer un “dream team” ecuatoriano y conseguir el objetivo de romper el récord de velocidad en un ocho mil.



cosas de locos

Nicolás Miranda es guía internacional de montaña y un experimentado deportista de carreras de aventura. Junto a Karl han formado un gran equipo en la disciplina de speed climbing y ambos se complementan muy bien en lo físico, pero sobre todo en lo anímico. Para Miranda, el Makalu también fue su primera experiencia en los Himalaya y lo primero que le impactó fue la forma en cómo reaccionó su cuerpo a la altura. "Sin duda alguna fue una de las experiencias más duras de nuestra vida profesional como montañistas", dice Nicolás, "el hecho de dormir varias semanas a 5700 metros fue súper duro para nuestros cuerpos".

Una escalada normal a cualquier montaña de ocho mil metros requiere una larga y paciente adaptación. Normalmente los montañistas se aclimatan a diferentes alturas, instalando campos base, subiendo entre uno y otro, llevando bolsas de dormir y alimentos. Este proceso toma semanas porque además debe llevar un constante monitoreo del clima, las nevadas y la posibilidad de avalanchas. La mayoría de ocho miles requieren de hasta cuatro campamentos y en el último se suele permanecer unas pocas horas para planificar el asalto final y descansar en el descenso.

Pero la meta de Karl y Nicolás era distinta. Ellos querían romper el récord de velocidad alcanzado por el escalador francés Marc Batard, hace más de 35 años, y que consistía en 19h45m hasta la cima. Por lo tanto, debían llevar ropa y zapatos más livianos que los necesarios para las grandes altitudes, no podrían detenerse en los campamentos intermedios y tendrían que hacer un cálculo exacto en su salida para no quedarse atascados con los otros montañistas en la "zona de la muerte".

Karl reconoce que es como un juego de ajedrez, que no admite movidas atrevidas o errores graves. El tiempo que hicieron Karl y Nicolás a la cumbre fue de 17h 18 minutos y junto con el descenso al Campo Base completaron 25h48 minutos. Esto no es un dato menor ya que el anterior marquista no retornó al Campo Base el mismo día, sino que durmió en uno de los campos intermedios.



KARL EGLOFF

"Ahí sale mi parte suiza, en donde calculamos a detalle cuánto hacemos a cada campamento para estar en la mejor hora del día y en la parte complicada de la montaña, porque una cosa es salir a cualquier hora y otra cosa es llegar a medianoche a la cumbre donde te vas a morir".



NICO MIRANDA

"Eso le hace mucho más interesante a este récord. Nosotros tuvimos siempre en la mente que queríamos romper ascenso y descenso, entonces nuestro trabajo fue no dormir en los campos intermedios, eso hace una diferencia abismal. Cuando nos dimos cuenta lo que hicimos realmente dijimos: es de locos".



Después llegar a la cumbre, ya en el descenso, se sintieron agotados y asustados. Durante su trayectoria de regreso sus cuerpos exigían descanso, pero corrían peligro de quedarse dormidos... ¡y morir!

no todo lo que sube tiene que bajar

“Empezamos a sentir un cansancio de todas las jornadas anteriores que veníamos jalando, llegamos mucho más agotados de lo que nos imaginamos”



Las previsiones climáticas ofrecieron al equipo Egloff-Miranda una oportunidad única el 9 de mayo. Un día que sería muy caliente y que les permitiría subir sin equipo para el frío extremo. El problema es que no estaban recuperados al 100% de las ascensiones previas y sus cuerpos estaban notablemente débiles. Aun así, decidieron atacar.

“Empezamos a subir al campo 1, al campo 2, y cuando llegamos al campo 3 empezamos a sentir un cansancio de todas las jornadas anteriores que veníamos jalando, llegamos mucho más agotados de lo que nos imaginamos”, explica Egloff. En ese instante se produjo el primer momento crítico que puso en duda la consecución de la cumbre. Un fuerte viento empezó a levantar la nieve y los envolvió hasta el punto de dejarles sin visibili-

dad alguna. “Era un white out, un viento blanco que es muy famoso porque no llegas a ver nada, a tal punto que hacían sonar campanas en el C3 y nos tocó tantear para llegar a la carpa. Ahí fue la primera vez que yo empecé a dudar de todo esto. Pensé que no era el día, que la montaña no nos quería, que básicamente nos está diciendo regresen”.

El viento había borrado la huella de los escaladores previos, las cuerdas fijas también habían desaparecido y por fin llegaron al campo 4 a 7600 mts con mucha dificultad. “La altura te muerde mucho, empiezas a sentir el cerrar y abrir los ojos con un dolor de cabeza penetrante, empiezas a ver todo en una situación de cámara lenta y sabíamos que de 7600 a 8481 faltaban casi 900 metros de desnivel positivo”, narra Karl.

*Nico le insiste, le dice:
"démosle cinco minutos
más, cinco más y nos
damos la vuelta"*



Llegaron a los 8000 metros y no se veía nada, estuvieron luchando tres horas con el clima y Karl incluso tenía cortes en la frente por la papacara (viento fuerte con fragmentos de hielo) por la velocidad del hielo contra su cara. Llegó un momento en el que Karl le dijo a Nicolás "me doy la vuelta, siento que hoy no es del día". Nico le insiste, le dice démosle cinco minutos más, cinco más y nos damos la vuelta. Normalmente Nico es el conservador y Karl es el que tiene esa persistencia de seguir. Ese día fue al revés.

Por su parte, en esos momentos Nico solo pensaba en todo lo que habían invertido para llegar hasta ahí y pensó: "¡irayos!, o sea, tanto esfuerzo y la montaña

no nos va a permitir, entonces démonos un tiempo a ver qué nos dice la montaña". Y la montaña les compensó por ser pacientes y perseverantes. Siguieron y hubo un cambio radical, pasaron una canaleta muy expuesta de roca, nieve y hielo y después de unos instantes la cumbre estaba despejada.

En ese momento les vino un subidón de adrenalina. Sacando fuerzas de donde ya no había nada mantuvieron un ritmo constante hasta la cumbre. ¡Lo habían logrado! Vinieron los abrazos, las lágrimas, el video y las fotos para dejar constancia de este momento sublime.



ULTIMATE
COVER

PUSHING THE
SUMMITS

Julbo®



Pero todo montañista sabe que subir es una cosa y bajar es otro negocio que se debe enfrentar con extrema precaución.



Unas 17 horas antes habían dado el primer paso en el campamento base, sin saber si lo lograrían, sin imaginarse que tocarían el cielo con sus mitones y sus corazones. Había que regresar a contárselo a todo el mundo y celebrar. Pero todo montañista sabe que subir es una cosa y bajar es otro negocio que se debe enfrentar con extrema precaución. "Cuando tú estás bajando, simplemente puedes tomar malas decisiones o tus reacciones empiezan a cambiar mucho y el hilo entre la vida y la muerte se hace muy pequeñito y hay mucho más riesgo de que suceda un accidente", dice Nicolás.

golpeados. Solo nos tomamos una sopa y nos fuimos a dormir".

El logro de Karl y Nicolás es histórico porque deja un precedente en el speed climbing en los Himalaya. La noticia se regó como pólvora en los medios especializados de montañismo, sobre todo en Europa, donde las hazañas de los ecuatorianos llaman la atención cada vez, con más frecuencia.

Ahora las miradas apuntan a la Chomolungma, la Diosa Madre de la Tierra, el Everest. Esa montaña que es escalada por 800 personas al año, la gran mayoría con oxígeno suplementario. Es el objetivo supremo, el sueño de todo escalador.



Karl recuerda que estaban agotados, al límite. Descansaban y luego se animaban mutuamente a seguir. "Entonces veía que Nico se sentaba y le decía, «vamos Nicolás levántate» Yo me sentaba, Nico me decía, «vamos levantando» y así poco a poco empezamos a descender progresivamente".

La odisea de Karl y Nicolás empezará muchos meses antes, con la difícil tarea de levantar fondos para una expedición que es carísima, con la preparación física indispensable que incluye subir y bajar a toda velocidad los nevados ecuatorianos, que son su campo de entrenamiento natural. Eso es lo que todo montañista debe hacer para llegar a la cumbre del Everest. Pero para lograr hacerlo en menos de 22 horas se necesitará muchísimo más que eso.

Karl empezó a vomitar sin parar, Nicolás sentía un sueño extremo, pero finalmente, tras 25 horas de caminata llegaron al campamento base a las 11 de la noche del 10 de mayo. "Nadie nos creía, los cocineros decían que era increíble lo que acabábamos de hacer. Estábamos hinchados,

Karl y Nicolás lo saben y están trabajando para lograrlo. 🏔️



LA SPORTIVA®
innovation with passion

